

SAMIR AMIN

MAS ALLA DE LA MUNDIALIZACION LIBERAL: UN MUNDO MEJOR O PEOR ?

1 El futuro visto por las potencias dominantes

La masa informativa sobre todos los países del mundo recolectadas por la CIA no tiene parangón. Esta institución no hace sin embargo ningún análisis riguroso; sin duda porque sus dirigentes están atrapados en sus prejuicios, incapaces de escapar al mundo anglosajón y, por lo tanto, desprovistos de espíritu crítico y de imaginación.

El informe de la CIA sobre el estado del mundo en 2020 no contempla que los principios de la mundialización liberal en vigor, calificada como “Proyecto Davos”, puedan ser cuestionados. Porque para Washington y sus amigos estos principios son evidentemente perfectos. Por consiguiente no existe una alternativa creíble a los mismos, y los que no piensan así no pueden ser sino unos extraviados irracionales o demagogos sin principios. El liberalismo mundializado es considerado como portador de un gran crecimiento económico allí donde, seriamente, se lleva a cabo. La mundialización liberal es, por definición, feliz.

Desde luego en su desarrollo real este proyecto que constituye “el fin de la historia” (evidentemente, para sus defensores) padece insuficiencias generadoras de fracasos – pasajeros – y engendra reacciones absurdas (porque cuestionan los buenos principios del liberalismo) que provocan situaciones caóticas. Según esta visión los “pueblos”, los “políticos” y los “ideólogos” son los únicos responsables del fracaso y del caos. La lógica de la expansión del liberalismo mundializado (es decir, la lógica de la acumulación de capital) solo puede ser portadora de bienestar para todos (o casi).

Estas maneras de razonar y estas visiones del mundo no son potestad solo de los equipos en el poder en Washington. Estas reproducen el discurso dominante de la mayoría de los poderes y dan cuenta de los estrechos límites que imponen los prejuicios sobre los cuales aquellas están fundadas. Un análisis de la realidad que aspire a ser tan verdadero como posible, debe empezar por cuestionar estos prejuicios y someter las tesis que inspiran a una crítica rigurosa.

Las “distancias” entre el mundo en 2020 visto por el establishment de los EE.UU. y el mundo de hoy tienen solo una importancia relativa. Estas “distancias” refieren al lugar de Asia (China y la India, en particular) en la economía mundial derivadas del sostenido crecimiento de estos dos grandes países. Este crecimiento se inscribiría en la mundialización liberal y sería perfectamente compatible con el mantenimiento del liderazgo de los EE.UU. En ningún momento se cuestiona la supervivencia indefinida de este modelo, sin que las contradicciones internas de los países en cuestión conozcan un nuevo e imprevisto rumbo.

En otras partes, “nada para señalar” (o casi)

Europa sería prisionera de sus “impotencias” (para reformarse radicalmente en el sentido liberal, para adoptar un modelo de gestión de sus inmigrantes inspirado por la práctica de los EE.UU., etc.) y por este motivo su economía se vería afectada por una aguda atonía. Pero en ningún momento se ha considerado que esta pueda transformarse en insostenible, a punto tal de poner en cuestión el liberalismo en el plano nacional, paneuropeo o en las relaciones con el resto del mundo. No se piensa que Europa pueda renunciar a su política atlantista y a la protección de los EE.UU. frente a los terroristas, que solo Washington estaría en condiciones de doblegar por medio de guerras preventivas.

Rusia, siempre refractaria a la democracia, sería incapaz de reconstituirse como potencia industrial modernizada y dinámica y se volvería una potencia exclusivamente petrolera (como Arabia Saudita). Afectada por su estructura demográfica, atascada en sus tensas relaciones con los nuevos estados de Asia Central y del Cáucaso, definitivamente separada de Ucrania, preferiría navegar tras la estela de Washington antes que intentar un acercamiento a Europa, en el cual ésta última no está interesada.

América Latina continuaría tal cual se la ve hoy en día. Avance del liberalismo en el Cono Sur y en México y en dirección de la integración en base al proyecto de la Zona de Libre Comercio de las Américas (ALCA); una prueba más del liderazgo de Washington. El “vestigio del pasado” (Cuba) desaparecería, los sobresaltos populistas (tipo Chávez) no tendrían futuro y el crecimiento de los indigenismos resultaría controlable.

El África negra no entraría nunca en la era de la industria, incapaz de seguir en esto los ejemplos de Asia y de América latina. Afectada por la extensión de la pandemia del sida y por una fuerte tradición de “mal gobierno”, solo conocería un crecimiento económico a través de la explotación de sus materias primas (petróleo) y, quizás, de algunos productos agrícolas.

Finalmente, los mundos árabe y musulmán – de Marruecos a Indonesia – continuarían paralizados por el agrupamiento masivo de sus pueblos al fantasma de la reconstrucción de un “Califato” mítico. El fracaso permanente de este proyecto produciría inestabilidad política – volviendo imposible el progreso democrático – y una mediocre performance económica, sin que el problema del terrorismo llegue a constituir una real amenaza para el resto del mundo. El fracaso del terrorismo tiene, sin embargo, un precio: la ocupación permanente de Irak (ya prevista por Washington antes de su agresión) y la postergación a las calendas giregas de la democracia en ese país; junto a la falta de solución del problema palestino! y a las restricciones de los derechos democráticos en los países del Occidente “civilizado”.

Estos posibles escenarios descritos conducen a la conclusión de que el liderazgo de los EE.UU. no estaría amenazado. Ni siquiera por la Asia triunfante, por la Europa hundida en el estancamiento y atada por el Atlantismo (y la OTAN) a los EE.UU. La ONU continuaría en decadencia, relevada en su rol del control del gobierno político del sistema mundial por los EE.UU. con el sostén eventual (pero no necesario) de la OTAN. Guerra preventiva, deber de intervención (llamada humanitaria), propagación (manipulación de hecho) de los derechos del hombre, constituirían lo esencial del discurso de legitimación del nuevo imperialismo, en 2020 como hoy en día.

2. Esta imagen del porvenir del mundo plantea un problema

Este futuro está presentado en el marco de pretendidos “escenarios” que, de hecho, se resumen a la alternativa de “el mundo según Davos” (es decir, la profundización de la mundialización liberal, que asegura el liderazgo más o menos exclusivo de los EE.UU.) o el “caos”. Este es un falso dilema porque en la realidad es la continuación del “proyecto de Davos” el que engendra el caos (las reacciones “populistas” a los fracasos sociales, el terrorismo, etc.). Entonces solo nos encontramos frente a un único escenario: la prolongación del proyecto liberal garantizado por el liderazgo de los EE.UU. y la gestión del caos por la militarización de la mundialización.

El *establishment* de los EE.UU. (y la mayoría de las fuerzas políticas en el poder en el mundo actual), se niega a considerar el verdadero contraste existente entre este proyecto y aquellos que acarrearían cambios sensibles en las relaciones de fuerzas sociales y políticas en favor de las clases populares y de las naciones dominadas. Esto sin embargo resulta inevitable para poder disminuir el caos dominante en el mundo. Por otra parte los *establishments* en cuestión también rechazan examinar las posibilidades, el alcance y las consecuencias de una

“salida por derecha” del liberalismo mundializado en crisis, como la que sostienen los neo-conservadores de los EE.UU.

Frente a esta situación tendríamos el derecho de plantear las siguientes preguntas: por qué los “expertos” del *establishment* de los EE.UU. nos han propuesto una visión del futuro tan chata? A quiénes se dirigen sus documentos? Qué objetivos persiguen? Son sinceros u ocultan su juego?

Yo creo, por mi parte, que el objetivo real del documento no es hacer reflexionar al lector sino, por el contrario, convencerlo de que “no hay alternativa al liberalismo mundializado y al liderazgo de los EE.UU.”. Además los redactores del mismo son probablemente representantes demócratas (más que republicanos); y aunque tanto los primeros como los segundos persiguen los mismos objetivos, los primeros evitan cuidadosamente el estilo arrogante del equipo en funciones en Washington. Ellos están convencidos que el capitalismo liberal mundializado puede ser “bueno” para todos (o casi), a condición de que existan algunas regulaciones (como la “lucha contra la pobreza lo exigiría?) ¿Están verdaderamente convencidos de que los EE.UU. están investidos de una misión histórica y que son portadores de un mensaje de democracia para todos? ¿Están por lo tanto convencidos de que la hegemonía de Washington es por naturaleza “amable”? ¿O bien son unos cínicos que saben perfectamente que el sistema implementado garantiza un rendimiento máximo al capital de las grandes transnacionales, y allí radica su preocupación exclusiva, en detrimento de los derechos sociales de las clases populares?; que se burlan de la “democracia” para los pueblos del planeta; que no dudan priorizar el saqueo de los recursos naturales de los países sometidos a su protectorado para exclusivo beneficio de los consumidores de los EE.UU.?

Por su formación y su cultura estos individuos están sin duda ampliamente convencidos de que no hay alterativa al capitalismo, porque este sería “el mejor sistema posible”, en términos de eficacia, de equidad, que mejor correspondería a la “naturaleza humana”, el que sería portador de democracia, etc. Ellos (y ellas) creen a menudo en la misión histórica de los EE.UU. Al “analizar” la realidad disocian el objetivo de la buena “economía” (reducido, de hecho, a la expansión de los mercados) del de la buena “política” (reducido, a su vez, a la democracia representativa y al buen gobierno). El concepto “contradicción” es ajeno a su cultura y, por consiguiente, la idea de que por la lógica misma del desarrollo capitalista la contradicciones de este modo de producción deben agravarse les resulta rigurosamente incomprensible. Los “problemas y las dificultades”, sin ser producto de la lógica del sistema, son siempre circunstancias del lugar y del momento. Desde esta perspectiva, en el origen de

estos problemas existiría siempre una responsabilidad de los “pueblos”, y las soluciones podrían ser aportadas sin salirse de las lógicas del sistema. No se negará que pueda haber discriminaciones raciales, de género, ni que las exigencias de una gestión adecuada del medio ambiente puedan ser olvidadas; pero siempre se trata de “problemas particulares”, sin conexión entre ellos.

Este alegato a favor de la “inocencia” de los responsables en cuestión, no debe hacernos olvidar que su cultura sirve perfectamente a los intereses particulares promovidos por las políticas que ella legitima. En este sentido esta cultura puede ser leída, con razón, como una expresión cínica de los intereses del capital dominante. Y ciertos promotores de estas políticas en cuestión pueden ser lo suficientemente lúcidos para saber cuáles son los intereses que ellos defienden.

Más allá de estas cuestiones de moral, se perfilan las carencias que atribuyo al encierro, en su cultura anglosajona, de los responsables del *establishment* de los EE.UU. El texto llama la atención por la ignorancia en relación a todas las civilizaciones del planeta. El racismo banal con respecto a los “africanos” (leer los “negros”) y a los “hispanos”, habla por sí solo. En relación a la vieja Europa destila una gran dosis de desprecio.

La conclusión a la cual llega este *establishment* al cabo de sus reflexiones - a saber que el mundo de 2020 no será diferente del nuestro, salvo el hecho que China y la India tendrán un mayor peso comercial (en detrimento de Europa, pero no de los EE.UU.) - podría ser “plausible”. En efecto, quince años no constituyen un período suficientemente largo para imaginar transformaciones cualitativas de las sociedades, sobre todo cuando - como es el caso hoy - no se perfila, al menos en apariencia, ninguna alternativa coherente y creíble en el horizonte (como era el caso con el modelo del socialismo en el siglo XX).

Mi análisis del capitalismo realmente existente me lleva a una conclusión completamente diferente. Este sistema - en su forma liberal mundializada - no es viable, en la medida en que el caos que engendra, lejos de ser “controlable” por los medios imaginados por las clases dirigentes del sistema, solo puede agravarse rápidamente y en proporciones dramáticas. Ejemplos de esto son: el fracaso militar y político en Irak, el creciente rechazo del “proyecto europeo” por los pueblos involucrados, las explosiones de violencia (como las que surgieron en noviembre de 2005 en los suburbios populares de las ciudades de Francia), y muchos otros fenómenos cotidianos. En función de esto, no sostengo que una salida aceptable “se impondrá necesariamente”. Aún en el horizonte próximo de 2020, el mundo de mañana, será probablemente diferente del de hoy, pero no necesariamente mejor. Podría ser igualmente peor.

Los escenarios interesantes y útiles para avanzar en la reflexión son, desde mi punto de vista, aquellos que esbozan tanto el peor como el mejor de los mismos y que por ello identifican las condiciones de su emergencia.

El método y los prejuicios sobre los cuales se fundan la visión de las clases dirigentes (y en particular el *establishment* de los EE.UU.), no permite tal ejercicio. No por el hecho de que las críticas dirigidas en relación a los Estados (y a las sociedades), tanto europeas como del tercer mundo, no sean fundadas. Lo están, y lo que propondré examinar a continuación no lo están menos. Pero la severidad en sí, no alcanza. Es preciso comprender la naturaleza de los verdaderos desafíos que confrontan nuestras sociedades; aquello que, precisamente, impiden los prejuicios que caracterizan a la ideología dominante.

2. Es viable el proyecto europeo?

1. los discursos optimistas en relación al “proyecto europeo”, alimentan la verbosidad de la mayor parte de los políticos del continente, tanto de izquierda como de derecha. Solamente los “extremistas populistas” (tanto de izquierda como de derecha) rechazarían este proyecto que no tendría alternativa. Y sin embargo, los indicadores que muestran una creciente decepción de los pueblos es llamativo.

Porque, de hecho, el proyecto europeo es muy particular: este pretende, sobre todo desde el tratado de Maástricht (1992), reducir los márgenes de las políticas económicas nacionales sin construir, como contrapartida, un gobierno sustituto a nivel de la Unión! Dicho de otra forma, la Unión Europea funciona en los hechos como la región más “mundializada” en el sentido más brutal del término (anulación del margen de autonomía de los Estados). No es el caso de los EE.UU., ni el de otras regiones del mundo donde el Estado, aún frágil y vulnerable, continúa manteniendo el control de sus decisiones; limitado “solamente”, por las reglas de la O.M.C. (si bien estas también tienen como perspectiva la anulación progresiva de los derechos y prerrogativas de los Estados). Europa está, en este gran retroceso general, un paso adelante del resto del mundo.

Esta mutilación que se autoinfligieron los Estados europeos afecta a todos los ámbitos de la vida económica. Europa ya no tiene ni política monetaria, ni política de cambio, ni política presupuestaria, ni política de empleo, ni política industrial.

El Banco Central Europeo (BCE) se autolimitó para llevar adelante una política monetaria. Esta fue substituida, invocando la prohibición absoluta para que los Estados financien sus déficits a través de “su” banco central, por el objetivo exclusivo de la estabilidad

de precios garantizada. Al operar en estas condiciones, el BCE ya no tiene un interlocutor público (ni los Estados, ni la Unión) ante los cuales debería justificar su política. Por principio, esta opción deflacionista, constituye un obstáculo suplementario permanente al dinamismo de la economía.

La BCE ya no puede implementar ninguna política de cambio activa, cuyos objetivos (euro “fuerte” o euro “débil”) deberían ser definidos por un interlocutor público que ya no existe. Por el contrario, el gobierno de los EE.UU. conservó todas sus prerrogativas en el ámbito de la gestión monetaria. Así, es Washington quien decide si el dólar será fuerte o débil, mientras que el euro solamente puede ajustarse a ello. A esto hay que agregar otro aspecto: el patrón dólar es, de hecho, un patrón petróleo/dólar. Los precios del petróleo son fijados en dólar y los EE.UU. prohíben a los países productores, si es necesario a través de la intervención militar (como fue el caso en Irak) ofrecer su petróleo contra pagos en euros. Los Estados europeos, hasta hoy, han rechazado de entrar en este juego y “dar pena” a su amigo transatlántico. Mutilado de esta forma, el euro no puede transformarse en una moneda internacional a la par del dólar.

El “pacto de estabilidad” sepultó toda posibilidad de diseñar políticas presupuestarias. Esta opción fue justificada invocando una dudosa teoría de la cobertura del déficit de las finanzas públicas a través de impuestos o de empréstitos. Esta justificación resulta superflua porque este Pacto limitó al 3 % el déficit máximo autorizado y a 60% del PBI el techo de la deuda! Ni los EE.UU., ni ningún otro país del mundo (salvo las semi-colonias sometidas a la administración del FMI!) no se han infligido semejante mutilación, calificada como simplemente “estúpida”, con sobrada razón, por Romano Prodi.

La abolición de toda política industrial nacional (bajo la excusa de una supuesta “transparencia” de la “competencia” la que, sin protección o subvención, impulsaría la asignación más eficaz de las inversiones) y de toda política de empleo, dejando todo en manos de las leyes del mercado (la flexibilidad, supuestamente, resuelve los problemas!), reforzado esto último por el desmantelamiento de los servicios públicos y las privatizaciones, no ha sido compensada, ni siquiera parcialmente, por políticas comunitarias. No hay ni “Europa industrial”, ni “Europa social” a la orden del día. Sin duda, desde este punto de vista, Europa se acerca al modelo que siempre ha sido el de los EE.UU., resquebrajando todas las tradiciones que, durante los siglos XIX y XX, fueron el origen de su éxito. Es interesante observar que las dos únicas manifestaciones de la tecnología europea (Airbus y el cohete Ariane) han sido el producto de intervenciones de servicios públicos y que, dejados a la iniciativa privada, estos dos resultados no habrían, jamás, tenido lugar!

En un ámbito particular, el de la agricultura, Europa implementó, en efecto, una política activa, comunitaria, liberada del liberalismo doctrinario. Esta política ha dado resultados envidiables: permitió la modernización de la agricultura familiar, el aumento de las superficies y la intensificación del equipamiento; una especialización más fuerte, garantizada por los precios que aseguran la equivalencia entre el ingreso del trabajador del campo y del trabajador urbano, finalmente liberado de los excedentes de exportación importantes (incluso demasiado!). Cuánto costó? La mitad del presupuesto de la Comunidad Europea, pero este es insignificante (menos del 1% del PIB de los países en cuestión). Hoy en día, como se sabe, la PAC está siendo puesta en cuestión.

Beneficiándose del segundo puesto de los gastos de la Unión (un tercio del presupuesto), las políticas regionales están fundadas en graves ambigüedades que vehiculizan ambiciones políticas discutibles. El objetivo no es tanto la reducción de las desigualdades (entre los Estados y la Unión y en el seno de aquellos entre las regiones que los constituyen) cuanto el sostenimiento de su capacidad de “mantener la competencia”, suponiendo que esta es portadora de progreso para todos (el liberalismo doctrinario nunca fue puesto en duda a pesar de las desmentidas contundentes que, tanto el pasado como el presente, le infligen). El sostenimiento de los Estados menos desarrollados tiende, por otra parte, a perder importancia (al menos relativa) después de la incorporación de las PECO en la Unión. Articulados principalmente a partir de los apoyos a las regiones, en lo que concierne a sus gastos de infraestructura y de educación, las políticas de regionalización implementadas acentuaron las desigualdades y favorecieron a las “regiones portadoras de futuro” (como las regiones de Baviera, Lombardía y Cataluña). El objetivo político que se persiguió fue reducir el alcance de las “unidades nacionales” en beneficio de las fidelidades “regionales”. El liberalismo mundializado prefiere siempre los Estados pequeños a los grandes, porque el desmantelamiento de las funciones del Estado es más fácil entre los primeros. En la Unión Europea se prefiere la afirmación “baviera”, “catalana” o “lombarda” a la de las naciones (siempre sospechadas de derivaciones “chauvinistas”).

En definitiva, las concepciones que dominan las visiones de la expansión de la Unión no son de naturaleza diferente de aquellas que fundaron el proyecto de integración de los EE.UU. para América Latina, en una vasta zona de libre comercio. Estas formas están llamadas a acentuar la fractura entre los socios periféricos (aquí América Latina y allí la Europa del Este), entre pequeñas zonas bien integradas y favorecidas, controladas por el capital dominante de los centros (aquí los EE.UU., allí Alemania) y vastas regiones confinadas al abandono. El discurso – que postula que la “recuperación” se hará por sí misma

gracias a los crecientes flujos de inversiones privadas extranjeras – no tiene, evidentemente, otras funciones que no sean las de propaganda.

Las políticas de cooperación de la Unión con Africa subsahariana solo fueron “neo-coloniales” y han perpetuado el encierro del continente en un estatuto “pre-industrial”. El alineamiento liberal de la Unión rige los acuerdos de Cotonou (2000) y los postulados de los “acuerdos económicos regionales” (APER), agrava esta evolución desfavorable. Africa es, en esta perspectiva, el objeto de una “exclusión programada” (Cf. S. Amín y alii, *Afrique: renaissance ou exclusion programmée*, 2005). De hecho la “mundialización abierta”, asociada al sostenimiento del continente en un estatuto pre-industrial es una estrategia implementada para dar al capital transnacional dominante los medios de saquear, a buen precio, los recursos naturales del continente. Pero hay que saber que este saqueo beneficiará más a las transnacionales de los EE.UU. que las europeas. En esta perspectiva de la decadencia sostenida de Africa, las políticas de cooperación (hoy calificadas de “Asociación”!) entre la Unión Europea y los ACP perderán, progresivamente, su importancia en beneficio de otras iniciativas en dirección de América Latina, de Asia y de la región mediterránea. Pero hasta hoy, nada indica que estas iniciativas podrían innovar y tomar distancia con respecto a las lógicas de expansión del capital transnacional. Los proyectos “euro-mediterráneos” están vaciados de todo alcance potencial por el agrupamiento, de hecho, de los europeos a instancias de Washington y de Tel Aviv; a pesar de la retórica presente tanto de un lado como del otro. (Cf. S. Amín y A. El Kenz, *Le monde arabe*, 2005).

2. El proyecto europeo, tal cual es, llevó hasta el absurdo la adhesión a lógicas sistemáticamente desfavorables para alcanzar un despliegue económico del continente. Debemos, entonces, plantearnos la pregunta de por qué estas opciones fueron escogidas (que Prodi calificó, con justa razón, de idiotas)?

La única respuesta razonable que se pueda dar a esta cuestión es que esta elección ha sido hecha por el gran capital dominante porque era el medio – el único posible, para este – de quebrar la fuerza social que los trabajadores europeos (clases obreras en primer lugar) habían adquirido al término de dos siglos de luchas. El desmoronamiento del sistema soviético posibilitaba esta situación. La opción era perfectamente “racional”, pero a partir de una lógica política de corto término, que siempre contó con el beneplácito del gran capital. Es absurdo el comportamiento de los partidos socialistas y social-demócratas europeos que creyeron que, con el desmoronamiento de los partidos comunistas, harían su negocio, mientras que la estrategia liberal apuntaba a liquidar tanto a unos como a otros.

El proyecto, pues, tal cual es, favorece a los EE.UU., y es la razón por la cual Washington no ve que se destaque ninguna “amenaza” que provenga de una “Europa eficiente”. Por otra parte, el estancamiento relativo que se instaló en Europa por esta opción liberal extrema, facilita el financiamiento del déficit de los EE.UU., causado por el liderazgo que Washington se esfuerza en prolongar. El estancamiento produce, en efecto, un excedente de beneficios que, no pudiendo encontrar una salida en la expansión de los sistemas productivos europeos, son ubicados en los mercados financieros de los EE.UU.

El discurso dominante atribuye la desventaja de Europa a la dificultad que sus sociedades experimentarían en adoptar, franca e integralmente, los principios del liberalismo “a la americana”, sin hacer jamás la mínima alusión a la asimetría que caracteriza a las relaciones entre las dos orillas del Atlántico. De hecho, si los europeos decidieran utilizar en la Unión el excedente que prestan a los EE.UU. – cuando solo esta decisión podría sacar al continente del estancamiento – los EE.UU. estarían, entonces, confrontados a la obligación de reajustar su economía y de reducir el despilfarro de su modo de consumo y gasto militar. Esto no se realizaría sin una crisis política mayor.

Las políticas implementadas por Europa no persiguen el sentido requerido para que se afirme su potencial poderío económico sino que van en el sentido inverso. La privatización y el desmantelamiento de los servicios públicos de gran eficiencia en Europa (la SNCF, EDF y otras empresas estatales constituyen muy buenos ejemplos) ofrecen al capital financiero de los EE.UU., sobre todo a los Fondos de Pensión, una ocasión excepcional asegurarse beneficios en los segmentos más interesantes de las economías en cuestión reduciendo, así, los medios para que los europeos salgan de su crisis.

Debemos, pues, desesperarnos y aceptar el pronóstico de Washington, según el cual nada pondrá en cuestión las opciones europeas, por absurdas que puedan ser? El riesgo existe y no puede ser subestimado por los movimientos altermundialistas. La clase dirigente dominante en el sentido estrecho del término – el gran capital de los oligopolios – está fuertemente tentada con encerrarse en esta vía sin salida para los pueblos europeos. Porque esta se beneficia, en contrapartida, con las ventajas que le procura su participación en el imperialismo colectivo de la tríada. Sin duda, el gendarme que neutraliza los efectos del caos que este despliegue imperialista entraña – los EE.UU. – están en posición de hacer pagar el precio de sus servicios a sus socios subalternos. Pero estos no tienen alternativa y por este motivo aceptan las posturas serviles que le son atribuidas. Después de todo, no será la primera vez en la historia, ni la única en el mundo actual, que esto sea así.

Yo agrego que es necesario tomar en cuenta las preocupantes opciones geopolíticas en curso, las que reducen los márgenes de autonomía de Europa y le imponen navegar en la estela de Washington. Europa no eligió construir una Eurasia frente a la cual los EE.UU. no hubieran tenido mucho peso y la cual, a su vez, implicaba el acercamiento con Rusia y China. Por el contrario, Europa eligió sostener – e incluso alentar – los chauvinismos “anti-rusos”, bálticos y polacos (creeríamos regresar a 1920 y al “cordón sanitario” antisoviético de Versailles!). Europa acepta el expansionismo israelí y ratifica la presencia militar de los EE.UU. en Irak, en Asia central y en el Cáucaso.

Lo más grave es, sin duda, el alineamiento de Europa con las posiciones del proyecto de control militar del planeta por las fuerzas armadas de los EE.UU. Este alineamiento se produjo cuando Europa, con respecto a las guerras yugoslavas, aceptó que la OTAN sea investida con las nuevas funciones de gendarme del mundo, asociada a las fuerzas propias de los EE.UU. Se podría creer que con el derrumbe de la URSS, la OTAN perdería su razón de ser (“la defensa de Europa contra una eventual agresión soviética”). La decisión que se tomó, fue, exactamente, en el sentido inverso: substituir a la ONU por la OTAN, en adelante responsable de la gestión de las relaciones políticas internacionales. A partir de allí, fue difícil evitar el curso que siguieron los acontecimientos.

Esto alcanzó proporciones que la opinión pública en Europa, generalmente ignora. Ya que lo que siguió no fue sino la anulación unilateral, por parte de las potencias Occidentales, de la Carta de las Naciones Unidas que había proscrito la guerra. Los EE.UU., en efecto, se concedieron el “derecho” de tomar la iniciativa de las “guerras preventivas” sin que sus aliados de la OTAN reaccionaran como hubiera sido necesario hacerlo, tomando distancia de esta decisión. Hay algo más grave aún, ya que Washington igualmente se dió el derecho de un primer golpe nuclear, si lo juzgara “útil”. Daniel Ellsberg hizo saber, en esta ocasión, que los documentos oficiales del Pentágono estiman que las “víctimas posibles” de tales iniciativas son nada menos que seiscientos millones de seres humanos (“cien holocaustos”, escribe Ellsberg). Europa y la OTAN, guardando silencio ante esta decisión, son, de allí en más, los cómplices del proyecto criminal de los EE.UU. La única respuesta efectiva que pueda darse a esta dirección, es la organización de una campaña mundial que tenga como objetivo la prohibición absoluta del uso de las armas nucleares (y, sin duda e igualmente, químicas). Porque va de suyo que el tratado de “no proliferación” que las potencias de la OTAN promueven es, en estas condiciones, inaceptable para los pueblos de Asia y de Africa, perfectamente concientes que están todos amenazados de un holocausto por los EE.UU. y la OTAN.

Este servilismo de los segmentos dominantes de las clases dirigentes y de sus dependientes políticos (de derecha y de izquierda) puede imponerse indefinidamente a las sociedades europeas? Lo dudo mucho, porque precisamente – y es allí que se sitúa lo esencial de mi tesis sobre la cuestión – las culturas políticas europeas no deberían permitirlo. No volveré aquí sobre esta tesis que desarrollé en *Le virus libéral* y *Pour un monde multipolaire un mundo multipolar*, donde resumí las conclusiones en la frase siguiente: “el desarrollo de la lógica de las economías de los oligopolios dominantes, acerca a los EE.UU. y a Europa; el de sus culturas políticas, los separa”.

3. No creo, por consiguiente, que el proyecto europeo tanto en su dimensión liberal extrema cuanto en su alineamiento con la geo-estrategia de Washington, sea viable.

La cuestión de saber cómo será puesto en cuestión, a qué tipo de coacciones, ligadas a su evolución, estará sometido, queda, sin embargo, abierta.

Vuelvo al punto de mi análisis que conduce a las “culturas políticas”. Estas, en una buena parte del continente europeo, pueden ser leídas como una sucesión de desarrollos mayores que formaron la escisión derecha-izquierda: la filosofía de las Luces, la Revolución francesa y, particularmente, la Convención Serrana, la formación del movimiento obrero y socialista del siglo XIX, el marxismo y la Comuna de París, la Revolución Rusa y la formación de los partidos comunistas. La derecha se constituyó como oposición en el curso de la Restauración (la “Santa Alianza”), por la formulación de ideologías “anti-marxistas” (que derivaron hacia los fascismos), la corrupción ideológica pro-colonial (y racista), el anti-sovietismo. Las etapas de la formación de la cultura política de los EE.UU. no tienen nada que ver con esta historia. Esta cultura se fue construyendo a partir de en una sucesión diferente de desarrollos mayores: la inmigración en Nueva Inglaterra de sectas anti-iluministas, el genocidio de los Indios y el esclavismo al interior de la sociedad (cuyo impacto es diferente al del esclavismo practicado en las lejanas colonias), la ausencia de conciencia de clase política en lugar de la cual las sucesivas olas de inmigrantes instalaron los diferentes comunitarismos. La cultura política producida por esta historia no es la de un fuerte contraste izquierda (potencialmente socialista) – derecha, sino la de un “consenso” pro-capitalista que relativiza fuertemente la bipolaridad electoral (Demócratas-Republicanos).

La pregunta que se plantea hoy en Europa es saber si la herencia de la cultura política está llamada a desmoronarse (y la izquierda a desaparecer en tanto portadora de un proyecto pos-capitalista) en beneficio de una “amercanización” en curso (los partidos social-liberales forman parte del concierto de los defensores del “capitalismo eterno”), o si una “nueva

izquierda” es capaz de cristalizarse alrededor de programas a la altura de los desafíos. Las dos evoluciones son, en mi opinión, posibles.

La ofensiva ideológica de la nueva derecha (que integra la mayoría de la izquierda electoral) desarrolló un discurso “anti-francés” rabioso, porque, con sobrada razón, esta derecha ve en Francia – la que jugó un rol mayor en la cristalización de las culturas políticas en Europa – el “eslabón débil” del sistema europeo, comprometido con la ruta de la americanización. “Colbertismo” (es decir un sistema que, en su tiempo, construyó con la monarquía absoluta las bases de la modernidad capitalista superando el feudalismo), “jacobinismo” (que había comprendido que el liberalismo económico, era el enemigo de la democracia y que la Revolución debería ser popular y no estrictamente burguesa, como lo fue la de Inglaterra), “laicidad” (a cuyo “radicalismo” le falta la maduración de identidades “comunitarias”, deseado por el modelo de derecha pro-americano), incluso “gaullo-comunismo” (al cual Cohn Bendit prefiere, sin duda, el petainismo anti-soviético!), constituyen todos los temas repetidos *ad nauseam* por esta propaganda mediática. Ahora bien, es necesario constatar que todos estos temas son dominantes en los discursos “europeos” (en el sentido “pro-Unión Europea” tal cual es y tal cual quiere ser).

Más allá de la práctica del proyecto europeo, sería oportuno hacer el análisis de su discurso. En este discurso, toda referencia a la herencia de la cultura política europea es calificada como algo “pasado de moda”: la defensa de los intereses de clases (incansablemente tratada de “corporatismo”!), el respeto de “lo nacional” (se prefieren los regionalismos impotentes frente al capital; los comunitarismos, incluso las etnocracias a la báltica, croata, etc.). En cambio, son “modernos”: el elogio de la competencia entre trabajadores, regiones y países (cualquiera sea el precio social), o el de conceptos anti-laicos de la religión (como la papolatría a la polaca).

La reconstrucción de una izquierda europea exige, evidentemente, la crítica radical de todos estos discursos. Exige, además, que se identifiquen los principios a partir de los cuales tal alternativa podrá ser construida y extraer las conclusiones en términos de programas a corto y a largo plazo.

Las consideraciones precedentes constituyen una lectura rigurosa no solo del “proyecto europeo” tal cual es, sino también de las reacciones que suscita aún en el seno de los movimientos sociales progresistas y comprometidos. El proyecto tal cual es debería, sin duda, ser calificado no de “proyecto europeo” sino de “postigo europeo del proyecto atlántico ubicado bajo la hegemonía de los EE.UU.”. Las mayores reacciones críticas del proyecto me parecen estar más articuladas a la búsqueda de un equilibrio menos asimétrico en el seno de la

tríada imperialista (por un acomodamiento, en este marco, de las relaciones entre Europa y los EE.UU.) que a la de un equilibrio mundial menos desventajoso para el “resto del mundo”.

3. El sur, puede hacer retroceder al imperialismo?

El imperialismo colectivo de la Tríada (EE.UU., Europa, Japón) está a la ofensiva y se aboca activamente a rehacer el mundo en función de sus propios objetivos. Ya llegó a reducir los poderes en la casi totalidad de los países del sur al estatuto de “compradores”. En este marco, los EE.UU., en tanto constituyen la punta de la espada de esta ofensiva, están en posición de desplegar su proyecto hegemónico específico. Este proyecto pasa por la implementación de un “control militar del Planeta” (los mismos términos en los que Washington expresa, sin pudor, sus ambiciones).

Para la implementación de este proyecto, Washington eligió a Medio Oriente como región para dar el primer golpe, por diferentes razones que yo recordé en otro lugar (Cf. S. Amin, *L'hégémonie des Etats Unis et l'effacement du projet européen*, 2000). Pero el proyecto apunta mucho más allá del Oriente Medio: al Sur en su conjunto, es decir, a toda Asia, Africa y América Latina. El nuevo imperialismo colectivo no tiene otro medio para imponer a estos países el estatuto de dominados; por lo cual los socios de la tríada están, en definitiva, alineados en este proyecto, por más demencial y criminal que sea, a pesar de las reservas expresadas de un tiempo a esta parte. El “Sur” continúa siendo la “zona de las tempestades” en el sentido en que las revueltas de sus pueblos, víctimas de devastaciones sociales sin precedentes, están llamadas a multiplicarse. Será necesario, entonces, reducirlas por la violencia militar – una verdadera nueva “guerra de cien años” entre el “Norte” (en tanto continúe siendo imperialista) y el “Sur”.

En esta perspectiva, el *establishment* de los EE.UU. considera que China constituye su adversario estratégico mayor. Este *establishment* está, sin embargo, dividido sobre esta cuestión central. Una fracción piensa que China podría continuar su desarrollo económico acelerado inscribiéndose en la mundialización liberal tal cual es y que, por este motivo, aceptará jugar el juego y se acomodará al liderazgo de los EE.UU. En este caso, China continuaría siendo un aliado y no un adversario; aún cuando este aliado pueda exigir (y obtener) concesiones particulares en su beneficio. Una forma de complementariedad se construiría, entonces, entre China, que cubriría una proporción creciente de las importaciones de bienes de consumo manufacturados de los EE.UU. y estos últimos, en tanto que proveedores de tecnologías avanzadas y de capitales. Pero otra fracción de la clase dirigente

de Washington teme que la China juegue su propio juego, intente apropiarse de las tecnologías avanzadas y, simultáneamente, refuerce sus capacidades militares. Sería necesario, entonces, encarar una guerra preventiva contra este adversario estratégico antes que sea demasiado tarde.

Observando lo que ocurre en la sociedad china, identificando las contradicciones que allí se desarrollan, podemos aclarar mejor la pregunta formulada que concierne al lugar que ocupa China en sus relaciones a los centros imperialistas del sistema, por un lado, y a las periferias, por el otro?

Estas preguntas no son consideradas en el discurso de la economía convencional que se satisface de verdades simples y superficiales, como el crecimiento del PBI. Las clases dirigentes de los países en cuestión – China, por ejemplo – tienden a satisfacerse con la imagen de futuro que se cree poder deducir de este género de “proyecciones”, sobre todo cuando las cosas “van bien” (o sea, cuando el crecimiento registrado es fuerte). Tanto unos como los otros no imaginan otra cosa que el sempiterno compromiso con el “camino de la recuperación”.

El momento actual se caracteriza por el estallido del Sur, y por el creciente contraste entre un grupo de países llamados “emergentes” (como China, India, Brasil, pero también por países de talla más modesta como Corea, entre otros) con un polo, un “cuarto mundo” estancado. Podemos concluir que los países emergentes están en el camino del desarrollo en el sentido de la recuperación? Mi análisis, que refiere a las características del nuevo sistema centros – periferia, me conduce a una respuesta negativa a esta pregunta. En este análisis, las nuevas ventajas decisivas que definen las posturas de dominación de los centros ya no estarán constituidas por el monopolio de la industria como en el pasado, cuando la contradicción centro – periferia era prácticamente sinónimo de país industrializado – país no industrializado, sino por el control de las tecnologías, de los flujos financieros, del acceso a los recursos naturales, de la información y de las armas de destrucción masiva. Por medio de esto, los centros imperialistas controlan efectivamente las industrias deslocalizadas en las periferias “emergentes” – las verdaderas periferias del futuro.

Se hacen demasiadas ilusiones, en los países emergentes en cuestión, sobre el futuro que prepara el desarrollo en curso. En el caso de China, el éxito de la opción de lo que podría ser una perspectiva capitalista nacional – la de un capitalismo poderoso devenido actor activo en el sistema mundial – se choca con obstáculos que siempre pueden ser más serios. Por un lado, esta opción no puede asociar las extensas masas populares urbanas y campesinas a los beneficios del crecimiento económico. Las resistencias de aquellas son llamadas a

manifestarse, siempre, con más vigor. Yo llamé la atención aquí con la resistencia particular de los campesinos, beneficiarios de una revolución radical en su favor, amenazados por el proyecto de privatización del suelo agrario (un proyecto de “cercamiento”). El desarrollo de estas luchas podría hacer desviar el proyecto chino en dirección de un “socialismo de mercado” auténtico, es decir de una combinación que da toda su fuerza a la prioridad social (la justicia social) en el modelo de desarrollo, reorientado hacia la expansión prioritaria de la demanda interna de las clases populares. Nos alejaríamos mucho, entonces, del modelo de la China que se inscribe simplemente en la mundialización liberal. Yo remito aquí a los debates sobre este tema, muy vivos en China (S. Amin, *Theory and practise of chinese market socialism*, 2005).

Por otro lado, habría que ser muy inocente para pensar que las potencias imperialistas dominantes aceptarían, sin reaccionar, ver un país del tamaño de China erigirse en “socio igualitario”. Cuando China creyó poder comprar una transnacional de petróleo para insertarse más en la mundialización liberal y de esta forma asegurarse su abastecimiento, los EE.UU. – en violación de todos los principios, que solo los doctrinarios del liberalismo creen ser los que rigen la realidad de las relaciones económicas, hicieron zozobrar tal tentativa a través de una intervención política brutal. Los choques entre China y las potencias imperialistas, en todos los ámbitos que refieren al acceso de los recursos naturales del planeta, la dirección de las tecnologías modernas, los derechos de propiedad industrial, pueden volverse violentos de un momento al otro. Más aún que los conflictos que no tardarán, tampoco, en desarrollarse a medida que China se imponga en los mercados internacionales de productos terciarios.

Las ilusiones que alimentan tanto a unos como a otros, en los otros países emergentes, son todavía más groseras. En Brasil, por ejemplo, pero también en otros países de América Latina, segmentos importantes de la izquierda imaginan la posibilidad de construir bloques hegemónicos administrados en la tradición de la social-democracia (la “buena”, aquella del *Welfare State* de la pos-guerra en Europa, no la de hoy en día alineada con el liberalismo).

Se olvida, así, las condiciones absolutamente excepcionales que permitieron el *Welfare State* social-demócrata. Las sociedades occidentales en cuestión, disponían de un avance sobre todas las otras; lo que permitía, a la vez, concesiones del capital al trabajo y la prolongación de su dominación imperialista sobre el resto del mundo. La social-democracia ha sido social-imperialista e incluso social-colonialista. Además, la amenaza que constituía la alternativa comunista fue decisiva en este deslizamiento del poder en dirección del compromiso histórico capital-trabajo, que caracteriza a este momento excepcional de la historia. Por primera vez, la causa de las clases obreras había adquirido una “respetabilidad” jamás conocida hasta

entonces. Estas no son las condiciones de las sociedades de la periferia de hoy en día, incluso en los países “emergentes”, los que están lejos de imponerse en igualdad [de condiciones] con los centros imperialistas. Por otra parte, se dio vuelta la página del compromiso histórico al que hacíamos referencia, aún en los centros desarrollados mismos. La social democracia se hizo social liberal porque el liberalismo es el medio a través del cual los centros desarrollados persiguen su dominación imperialista sobre el resto del mundo. La social democracia no sale del marco de su tradición social imperialista; y porque el social imperialismo hoy es social liberal, el mencionado deslizamiento era perfectamente esperable. Lo único que falta es que el liberalismo, aunque un poco atenuado en sus efectos devastadores por los social liberales, devuelva a las clases trabajadoras populares de los centros al estatuto de dominados prácticamente excluidos del poder, que había sido el suyo hasta 1945. Las nuevas condiciones podrían, pues, constituir la base objetiva de la reconstrucción de un frente internacionalista de los pueblos (del Norte y del Sur), a condición, por supuesto, de que las fuerzas políticas que en el Norte, cuantan con la audiencia de los trabajadores, rompan categóricamente con las ambiciones del imperialismo.

La suerte que el proyecto imperialista reserva a los pueblos de las periferias “no emergentes” es todavía más dramático. Las regiones del mundo llamadas “marginalizadas” constituyen, de hecho, el objeto de políticas sistemáticas de las fuerzas dominantes que califico como estrategias “de exclusión programada” de los pueblos, la que facilita una integración acelerada de sus recursos naturales sometidos a un saqueo intensificado. La implementación de este proyecto solo es posible mediante la agresión y la ocupación militar (como en Irak) y el sometimiento mediante deudas (el caso de los países de Africa). En este marco, Europa y Japón se alinearon, prácticamente, con Washington. La conferencia de la Euro Med llevada a cabo en Barcelona (fin de noviembre de 2005) refleja tal alineamiento: Europa, allí, intentó imponer la agenda de preferencia de Bush – la prioridad en la “lucha contra el terrorismo”. Los gobiernos árabes, hoy dóciles al extremo frente a las exigencias de los amos del sistema, han sido coaccionados para recordar que no era posible despreciar, a tal punto, los derechos del pueblo palestino e iraquí. Europa intenta sostener sus “intereses” en la región árabe luego de los EE.UU., expresados en el proyecto llamado “Gran Medio Oriente”. Lo mismo en lo que concierne al Africa subsahariana, como lo ilustran los acuerdos de Cotonou (2000) y los proyectos llamados de asociación entre la U.E. y las Comunidades Regionales de Africa. El alineamiento de todos en los mismos discursos insípidos, que refieren a la “reducción de la pobreza” o al “buen gobierno”; a la arrogante toma de posición arrogantes del nuevo Director

General de la OMC (el “socialista” Pascal Lemy!) –, empalidecen a los embajadores de la administración Bush -; [esto] testimonia de la unidad de los socios de la tríada imperialista.

Frente a este desafío de una brutalidad nunca vista, las reacciones del Sur son tímidas al extremo, o inapropiadas. Los gobiernos, como aquellos de los protectorados antiguos, no disponen más que de un limitado margen de movimiento, guardándose de criticar el liberalismo económico, cuyos países cubren los gastos. Desamparados, vastos sectores de las clases populares se acoplan detrás de retóricas para-religiosas o para-étnicas, que reflejan las divisiones entre los pueblos del Sur.

Los pueblos del Sur están, en estas condiciones, confrontados brutalmente a las intenciones violentas de los imperialistas. Es el caso en Irak en particular, como en Palestina. Aunque su resistencia (particularmente armada) sea heroica, no se beneficia de los apoyos morales y políticos que esta amerita. Se paga, aquí, el precio de los retrocesos de la conciencia progresista que caracterizan al momento actual, tanto en los países europeos como en los del Sur. El aislamiento relativo de los que combaten en primera línea el proyecto de despliegue imperialista, favorece, a menudo, golpes de timón en los métodos de la resistencia que estos promueven. A su turno, esto no facilita, por cierto, la reconstrucción necesaria del internacionalismo de los pueblos.

Reconstruir el frente unido del Sur, frente al imperialismo colectivo de la tríada y a la ofensiva militarista de los EE.UU., constituye el desafío al que están confrontados los pueblos de Asia, Africa y de América Latina.

Los pueblos de Asia y de Africa habían llegado – durante la “era de Bandoung” (1955-1975) – a hacer retroceder al imperialismo de la época, gracias al frente unido que le oponían. Pero las condiciones que permitieron estos éxitos no son más las que rigen la coyuntura actual. En aquella época, los poderes establecidos, salidos de los movimientos de liberación nacional y de auténticas revoluciones populares, se beneficiaban, por este motivo, de una legitimidad verdadera y de la confianza de sus pueblos. Además, los Estados que dirigían podían contar, hasta un cierto punto, con el apoyo de la Unión Soviética, restringiendo a los agresores imperialistas a una cierta discreción. Se sabe que, pasado el tiempo, después de la desaparición de la Unión Soviética, las potencias imperialistas regresaron a su tradición de agresión brutal.

A través del Movimiento de los No Alineados, el frente de los Estados y el de los pueblos en cuestión, se expresaban simultáneamente. Una “*remake*” de Bandoung es hoy en día, imposible. La erosión del populismo nacional, que definía el contenido de las políticas implementadas en aquella época, y la ofensiva imperialista, iniciada en los años 1980,

redoblando luego su violencia a partir de 1990, redujeron a estos Estados al estatuto de “compradores”. Por este motivo, estos perdieron largamente su legitimidad a los ojos de sus pueblos. Además, las izquierdas comunistas se habían alineado ampliamente con el apoyo (llamado “crítico”) a los regímenes de la era nacional de Bandoung y, por esto mismo, no aparecen creíbles, capaces de ofrecer una nueva alternativa auténtica. El vacío ideológico permitió a los culturalismos para-religiosos y para-étnicos responder a la confusión con ilusiones peligrosas que vehiculizan sus discursos.

La auténtica alternativa – que yo llamaré un Bandoung (y una Tricontinental) de los Pueblos – se choca, pues, con obstáculos serios. Las tareas que las izquierdas en los países del Sur tienen que cumplir, no son más fáciles que las del desafío ante el cual las izquierdas europeas están siendo confrontadas.

4. Sobre el frente cultural: todo para atrás

El retroceso eventual de la cultura europea y la americanización del mundo se traduce en la generalización del principio de “consenso amplio”, fundado sobre la afirmación de “la identidad comunitaria”. No se debe subestimar el peligro fatal para la civilización humana que constituiría el éxito posible de una evolución – que yo calificaría de desvío – en esta dirección. Este desvío, que por otra parte ya se inició, podría constituir una salida por derecha de la crisis del capitalismo senil y permitir su superación no por avances en dirección del socialismo, sino por la reconstrucción de un nuevo sistema de tipo “tributario” (“neo-tributario”), cuyos rasgos principales precisaré más adelante. Dicho de otra forma, no solamente “otro mundo es posible”, sino “otro mundo”, simplemente, puede ser mejor pero también peor que este en el cual vivimos.

La reflexión que propongo sobre este tema, está fundada en el rechazo de la versión lineal del “progreso humano inevitable de etapa en etapa en el despliegue de la historia”; versión fundada en la ideología (europea, en su origen) de la Razón asociada al economicismo de la modernidad burguesa o en la interpretación marxista vulgar de la sucesión de los modos de producción. En los puntos de inflexión de la historia, es decir cuando el despliegue de un sistema llegó a su término a causa de la acumulación de las contradicciones que este produjo (dicho de otra forma, cuando este sistema entra en la edad de la senilidad), el futuro posible se conjuga en plural. En estos puntos de inflexión, las bifurcaciones de la evolución ulterior son múltiples y las direcciones de la evolución posible, diversas. Esta multiplicidad de las bifurcaciones es el objeto de una formulación matemática rigurosa (la teoría del caos). Se

puede discutir la pertinencia de esta formulación (establecida por ciertos objetos de estudio, como la meteorología) para el ámbito que nos concierne (la historia de las sociedades humanas). Por mi parte, dudo mucho de esta pertinencia. En cambio, yo llego a la misma conclusión (la diversidad de los futuros posibles) por una interpretación no doctrinaria del materialismo histórico, fundada en lo que califico como “sub-determinación de las instancias” (Cf. S. Amin, *Critique de l’Air du Temps*).

En el análisis que propongo, las instancias ideológicas y políticas conquistaron una autonomía real en sus relaciones con la instancia económica. Una combinación particular de estas diferentes instancias – entre otras posibles – y la predominancia de una o la otra de estas, que caracteriza tal combinación, permite, entonces, calificar al sistema que se constituye en respuesta a la crisis del modelo actual, como senil.

Intenté demostrar, además, que el sistema capitalista había entrado, sin lugar a dudas, en este tiempo final de la senilidad, en el sentido de que la gravedad de las contradicciones producidas por la lógica de su desarrollo es tal que, en adelante, su gestión implica un uso permanente de la violencia política y militar de los amos del sistema; la guerra permanente del Norte contra el Sur, por ejemplo.

No resulta de esta constatación que la crisis del sistema capitalista mundial senil en curso desemboque necesariamente en su superación por el socialismo, igualmente, mundial. Es una posibilidad. Lo cual exigiría en el análisis que propongo: (i) a nivel de las evoluciones políticas y sociales, la asociación del progreso social, de la profundización de la democracia y el refuerzo del margen de autonomía de las Naciones en una mundialización multipolar negociada; (ii) en el plan ideológico y cultural, el renovamiento de los valores del universalismo.

En esta segunda dimensión, las evoluciones dominantes en curso, van exactamente en el sentido inverso. Las manifestaciones de este gran retroceso son visibles en lo que propone el “post-modernismo”, al menos en sus corrientes dominantes, por su puesta en duda de la “verdad objetiva” y la valorización de la “multiplicidad de los discursos”. Alan Sokal y Jean Bricmont proponen una crítica cáustica de esta renuncia de la Razón (Cf. A. Sokal, *Pseudosciences et postmodernisme*, 2005).

La ciencia pretende hacer un uso, a la vez, de la Razón (la lógica) y de la observación que le permitiría descubrir verdades objetivas, incluso cuando sería perfectamente consciente de que estas son siempre parciales y relativas (la ciencia no busca conocer la “verdad absoluta del todo”); que sus descubrimientos y las teorías que se deducen de ella deben ser el objeto de una verificación permanente que permita corregir sus errores y avanzar. En esta definición, la

ciencia sumerge sus raíces en el comportamiento humano desde la más alta antigüedad de todas las sociedades del planeta. Resta lo que la ciencia hizo: un salto cualitativo hacia adelante, gigantesco, en la Europa Moderna a partir del Renacimiento. Es en este marco que aquella rompió de manera más sistemática con los métodos del razonamiento por analogía, substituyendo la metáfora al rigor de la observación y del razonamiento que caracterizaba (y caracteriza siempre) las “para-ciencias” (como la astrología) y la magia. No es por azar que este progreso esté estrechamente asociado a la crítica de los dogmatismos religiosos (fundados en la interpretación de los “textos sagrados”), ni que esté asociado al nacimiento del capitalismo. Simultáneamente este salto hacia adelante está, por este motivo, asociado a una fuerte tendencia al eurocentrismo, que pretende que por una razón u otra, aquel no es sino el producto de los “europeos”; como lo es con respecto a otras características de la sociedad moderna en la cual la ciencia se desarrolla – el machismo patriarcal en particular. Todos estos límites de la ciencia, tal cual es, pueden ser perfectamente el objeto de una crítica científica; es decir, también fundada en el uso de la razón, de la observación y de la duda escéptica.

Pero en esta versión, el post-modernismo que viene viento en popa no propone este modo de crítica. Pretende poner en cuestión el estatuto privilegiado de la ciencia en materia de conocimiento. Pretende que la “verdad objetiva”, simplemente, no existe; que la verdad es lo que “la gente” piensa que es verdad. Dicho de otra forma, ubica el discurso científico (calificado como “narración”) en el mismo campo que las otras narraciones (las de la magia, de las para-ciencias, de las religiones). Sostiene, incluso, que la multiplicidad de las narraciones existentes anulen toda pretensión de universalidad. Ubica todos estos discursos en un mismo plan y, cosa curiosa, (pero no incomprensible), se abstiene de someter a los que se auto-califican como contra-hegemónicos con el mismo rigor crítico que reserva al “discurso dominante”.

El discurso post-modernista acompaña y legitima las evoluciones mayores en curso, es decir, la emergencia de los “culturalismos” (a conjugar siempre en plural). Entiendo por eso la afirmación que las “culturas” constituirían realidades transhistóricas fundadas en valores diversos, inconmensurables y permanentes. Nada en la historia real de los pueblos confirma este a priori aberrante. El “culturalismo” – que no hay que confundir con el hecho banal y evidente que constituye la diversidad cultural – legitima los discursos de prolongación de lo absoluto, del cual se nutren todos los movimientos para-religiosos (el Islam político, el hindutva, el cristianismo fundamentalista de los EE.UU., las innumerables “sectas” de toda naturaleza) o para-étnicos. Se trata, nada menos, que de discursos super reaccionarios que no participan en nada en las aspiraciones de liberación de los seres humanos, particularmente de

las clases y pueblos dominados; sino que, por el contrario, los encierran en un callejón sin salida y les hacen aceptar la dominación real de la cual ellos son las víctimas – la del capitalismo senil.

Las cuestiones que conciernen a la diversidad cultural y a los discursos contra-hegemónicos son tales que facilitan, a menudo, la confusión que creo necesario evitar. Seamos, pues, claros en este tema. Sí, la modernidad realmente existente producida por el capitalismo imperialista es, culturalmente, desviada, eurocéntrica, masculina y patriarcal, prometeana, en el sentido en que trata a la naturaleza como si fuera un objeto. Sí, los discursos contra-hegemónicos que lo demuestran (el feminismo, el ecologismo, el anti-imperialismo cultural) constituyen los elementos positivos inevitables de toda alternativa humanista. Pero esta alternativa, lejos de ser la negación de la modernidad, es el desarrollo racional y radical que suprime el eurocentrismo, la dictadura machista y el desprecio de las naciones.

Frente a este desafío, llamar a renunciar a la aspiración universalista es, fundamentalmente, reaccionario. Es aceptar que se les de un lugar a los discursos contra-hegemónicos bajo la condición de que queden encerrados en los ghettos que se les asignaron. La democracia estilo los EE.UU. alienta esta “diversidad” impotente. Se alinearán los “*women studies*” con los “*black studies*”, para los cuales todas las proclamas están autorizadas; mientras que el discurso convencional de la economía dominante seguirá su ruta sin experimentar la menor molestia. Esta ideología llamada “post-modernista” no puede inspirar el radicalismo necesario para cambiar el mundo.

Es la razón por la cual esta “ideología” es la que promueven las fuerzas dominantes, y más particularmente, el *establishment* de los EE.UU. Nada más funcional para la continuación de las dominaciones actuales que esta ideología, porque esta da forma a consensos aparentes de conjuntos de individuos que se definen por su “identidad particular irreductible”. Expresaré la realidad de esta funcionalidad por medio de la imagen siguiente: si usted tiene en una mano una botella de Coca-Cola y en la otra el emblema de su identidad pretendida (el Corán, la Biblia o una insignia étnica) usted no es peligroso (aunque usted lo crea!).

En contrapartida, la afirmación de la necesidad de la ciencia y de la universalidad como únicos fundamentos posibles para la civilización humana, no excluye de ninguna manera un culto cualquiera de la “modernidad”. Porque si la fecha de nacimiento y las condiciones de la formación de la modernidad realmente existente pueden ser reconocidas, esta no llegó al término de su recorrido (además no hay término para este, la historia no tiene fin). Y ya que la modernidad realmente existente hasta hoy es la del capitalismo, corresponde a las sociedades del planeta superarla por una modernidad post-capitalista superior.

Las involuciones reaccionarias actuales, si debieran afirmarse dominantes y reducir al silencio a quienes las contradicen, contribuirían a una superación pos-capitalista que yo calificaría como construcción de un sistema “neo-tributario”.

La analogía en la elección de la calificación hace referencia a los caracteres por los cuales identifiqué la especificidad de los sistemas pre-modernos (pre-capitalistas), como oposición al capitalismo (moderno). Intento demostrar, además, que esta distinción es la que Marx mismo propone en *Le Capital, Critique de l'économie politique*, como en el conjunto de sus escritos (en particular *L'idéologie allemande*). La determinación de lo económico, en última instancia, no excluye la diversidad de las formas de predominio de las diferentes instancias: en el capitalismo lo económico es la instancia dominante (y es por este motivo que la forma de alienación que define al sistema es la alienación económica – en el mercado, en términos vulgares), en los sistemas anteriores la instancia dominante es lo político (y la forma de alienación que lo permite es la alienación religiosa).

La nueva ideología prepara un retorno al predominio de lo político. La que señala la primacía de lo económico, propia al capitalismo está siendo puesta en duda por el desarrollo mismo de las fuerzas productivas; es decir, por lo que se llama la nueva revolución tecnológica, actualmente en curso. Pero el predominio de lo político (o mejor y más precisamente de lo político-cultural) puede tomar diferentes formas asociadas a contenidos sociales diversos. Este puede tomar la forma (superior) de un predominio de la socialización por la democracia (como opuesta a la socialización por el mercado), de un predominio de la solidaridad (como contrapartida de la competencia) y dar así una base sólida a una sociedad comunista. Esta era, creo, la visión de Marx; y es en este sentido que escribí que el comunismo se define por el predominio de lo cultural (Cf. *Critique de l'air du temps*).

Pero este predominio puede tomar otra forma, definida en el programa de los Neo-conservadores de los EE.UU.: dictadura absoluta del mercado (es decir, del gran capital de los oligopolios), “democracia” consensual vaciada de toda posibilidad contestataria y renovadora, afirmación violenta de la pertenencia identitaria a las comunidades (religiosas y “raciales” para emplear el lenguaje mismo de los Neo-conservadores). Nos equivocáramos al subestimar el peligro que estas opciones representan. Porque aún si, evidentemente, su expresión, encarnada en los Neo-conservadores es extrema y roza, a menudo, la extravagancia, las tendencias de la evolución van en este sentido en todos lados: en los EE.UU., en Europa y en el resto del mundo. El modelo de la “democracia-derechos del hombre” propuesto por las clases dirigentes está lejos de aparecer como tal para la mayoría de los habitantes de este mundo. Este modelo de predominio de lo político se apoya en la

reducción del rol del Estado, que la doctrina liberal pretende legitimar en términos de refuerzo de la democracia implementada por la sociedad civil. Esta es concebida, y construida, en una pirámide de sub-ensambles de para-ciudadanos, bajo la apariencia de ser ciudadanos activos mientras que están desprovistos de todo poder real, obrando juntos en la construcción de consensos vacíos de contenido. El modelo trata, igualmente, la “cultura” sobre el modo plural, rechazando el universalismo, glorificando la “diferencia” y adoptando el punto de vista del “culturalismo”. Tal modelo le permite, entonces, a la política de dominación que promueve, instrumentalizar las “diferencias” reseñadas.

Los probables caracteres principales del modo de gestión económico de esta alternativa ultra-reaccionaria, claramente aparece en la “nueva edad del capitalismo”: financiarización que refuerza la centralización de los puestos de mando en beneficio de los pequeños grupos, afirmación de nuevas formas “mafiosas” de la clase dirigente, sucediendo a los valores bugueses tradicionales, etc. En el plano mundial, la economía que predomina es la del “apartheid a escala mundial”. Esto implica, como lo prevee expresamente el proyecto de Washington y de la OTAN, la “guerra permanente” del Norte contra el Sur. D. Ellsberg nos recordó que su costo podría ser seiscientos millones de víctimas!

Este es otro mundo de aquel en el cual vivíamos aún ayer, pero no mejor evidentemente, sino bastante más inhumano y criminal.

5. Reconstruir el internacionalismo de los pueblos frente al imperialismo

El liberalismo económico y el imperialismo constituyen las dos caras indisolubles de la misma realidad del capitalismo dominante de nuestra época. Que se lo califique como “nuevo capitalismo” (para hacerle un elogio, en cierta manera), como “capitalismo cognitivo” o de cualquier otra manera, no cambia en nada la naturaleza del desafío al que están confrontados los pueblos.

No habrá, por lo tanto, salida humana al sistema mundial “post-liberal” sin que esta no repose sobre relaciones internacionales realmente “pos-imperialistas”. Si esto no sucede, la crisis del sistema desembocará en un futuro mucho más oscuro, un sistema neo-tributario y, por supuesto, super imperialista.

En el análisis que propuse tanto en lo que concierne a Europa como a los Sures, los movimientos de lucha y de protesta están lejos de haber desarrollado una visión estratégica alternativa coherente y fuerte, a la altura de los desafíos. Hay que tener el coraje lúcido para decirlo. Demasiados “movimientos” se auto-congratulan mutuamente por sus acciones

(perfectamente legítimas) sin creer necesario ir más lejos, menos aún poner el acento en las insuficiencias. Una cierta ideología del “movimiento” pretende que la adición de todas estas resistencias y luchas produce, por ella misma, la alternativa. Ni la historia ni la reflexión teórica y la observación de la realidad, reconfortan este punto de vista fácil.

Esta proposición no significa, en absoluto, que la respuesta al desafío sea “fácil”. El derrumbamiento necesario en el sistema de las ideas y de los valores dominantes que la proposición implica es, en efecto, de una amplitud gigantesca. Supone que los pueblos de los centros del sistema – en particular los europeos – reinventen una cultura de izquierda auténtica, en ruptura con el capitalismo y el imperialismo. Que a la larga serie de los capítulos sucesivos que han constituido a la “cultura política de la izquierda europea” (el Iluminismo, la Revolución francesa, el movimiento obrero y el marxismo, la Revolución rusa) el imaginario de los pueblos europeos se demuestre capaz de inventar un nuevo capítulo. Supone que los pueblos de la periferia – la zona de las tempestades – se liberen a la vez de las ilusiones de un desarrollo posible en el marco de la mundialización capitalista y de los fantasmas de alternativas del pasado y que formulen alternativas de una nueva desconexión que responda a los desafíos y a las posibilidades de nuestra época. Supone que los unos y los otros reinventen formas de organización y de acción política adecuadas y efectivas, cuya agenda de exigencias está llena de preguntas que aún no presenta respuestas convincentes.

Yo indicaría aquí, en términos muy breves, algunos de los ejes principales del desafío tal cual yo lo observo:

- (i) Definir nuevos sujetos históricos capaces de controlar las evoluciones y darles las direcciones deseadas.
- (ii) Definir el desafío estratégico político que yo propongo “resumir” en los términos siguientes: concebir programas capaces de asociar (y no disociar): a) el progreso social, b) los avances democráticos, c) el respeto de las Naciones y de los pueblos. Esto implica entre otras cosas concebir una Unión Europea respetuosa de las Naciones y no construida contra estas.
- (iii) Combinar la socialización por el mercado, una socialización mediante la democracia llamada a afirmarse progresivamente dominante.
- (iv) Combinar la “competencia” y la “solidaridad”, tomando como medida la superioridad de la solidaridad que, a través de la historia, ha sido el origen del progreso mucho más que la competencia.
- (v) Traducir en términos concretos las políticas de regulación y de protección efectivas para avanzar en dirección de un desarrollo multidimensional, socialmente igualitario, y durable ecológicamente, lo que implica que se atribuya a la “ley” una autoridad superior a la del

contrato (conforme con la tradición europea en conflicto aquí, igualmente con la de los EE.UU.).

(vi) Tomar la medida exacta de las evoluciones demográficas del continente europeo (el “envejecimiento” que no es “negativo”, salvo para aquellos que lo único que les interesa es la maximización del beneficio – sino el producto del progreso de la humanidad), darles respuestas correctas en términos de migraciones (fundadas en el rechazo de la perspectiva comunitarista) y en términos de “financiamiento de las jubilaciones” (fundadas sobre el principio de la repartición y no de los Fondos de Pensión que oponen a las generaciones).

(vii) Identificar los constituyentes de bloques hegemónicos nacionales, populares y democráticos y anti-imperialistas, en las condiciones concretas de los diferentes países del Sur y formular objetivos estratégicos de etapa que le corresponde.

Los avances en estas direcciones devienen sinónimos de construcción progresiva del internacionalismo de los pueblos. Se trata, en efecto, de articular las luchas de los pueblos del Norte (a través de la recomposición de la cultura de la izquierda europea) y las de los pueblos del Sur. Este internacionalismo necesario de los pueblos – de todos los pueblos – no puede estar fundado en vagos conceptos de “solidaridad humana a escala mundial”, que a menudo rozan la caridad o la indigencia del análisis. La lucha contra la “pobreza”, el “buen gobierno”, la afirmación de los intereses comunes de la humanidad frente a los desafíos ecológicos (rarefacción de los recursos, deterioro de los climas) son emblemáticos de este método “idealista” (en el sentido peyorativo del término) que ignoran los intereses de los grupos sociales en cuestión y sus conflictos eventuales. El internacionalismo en cuestión debe estar fundado en la identificación de intereses comunes, frente a un adversario común que solo se puede calificar como “capitalismo imperialista”

En su tiempo, la tercera internacional leninista, después maoísta, había construido alianzas mundiales que respondían – en teoría y en parte, al menos – a un desafío análogo, formuladas en las condiciones y los límites de la época. No podría producirse una “remake” de este capítulo de la historia, cerrado definitivamente. La nueva articulación de las luchas anti-imperialistas tanto en el Norte como en el Sur dejan por inventar, prácticamente, de la A a la Z.

Sin pretender estar en medida de formular más que la cuestión que aquí nos concierne, propodré considerar que esta construcción pasa primero por la derrota del proyecto de los EE.UU., de control militar del planeta. Es esta, en mi análisis, la condición necesaria sin la cual todo avance democrático o social realizado aquí, o allí, permanecerá vulnerable al extremo.

El internacionalismo de los pueblos no excluye el reconocimiento de “contradicciones en el seno del pueblo”. En el pueblo del cual se trata aquí, el del planeta, tales contradicciones se expresan no solamente en el seno de un pueblo en particular sino igualmente entre los pueblos del mundo. Es la razón por la cual el respeto de la autonomía de la Naciones constituye la única base sólida sobre la cual el internacionalismo puede ser construido. El argumento desarrollado aquí no es el del “culturalismo” por medio del cual se hace de la singularidad cultural un motivo de rechazo de la aspiración universalista. Por cierto, la singularidad de los recorridos históricos es una realidad y como tal no debe jamás ser ignorada ni despreciada. Pero mucho más allá de esta vulgaridad, la modernidad construida por el capitalismo, fundada en la inserción desigual de los pueblos en la mundialidad, la emancipación (en nombre de los valores universales que esta sublima) pasa por la construcción de un mundo multipolar. La receta liberal que consiste en someter el planeta entero a las mismas “reglas” (al menos en apariencia – ya que la realidad es siempre la del “dos pesos, dos medidas” a favor de los poderosos, por supuesto) produce necesariamente la profundización de las desigualdades.

Si la construcción del internacionalismo de los pueblos da cuenta, en definitiva, de la responsabilidad de los pueblos (por distinción de los “gobiernos”); es decir, de las clases trabajadoras como de los movimientos y de las organizaciones que son las suyas, el combate por avanzar en esta dirección no puede descuidar las contradicciones (ya fueran “secundarias”) entre las clases dirigentes (es decir, los Estados). Remitiré a las proposiciones de lectura que he hecho de los conflictos Norte-Sur que se cristalizan actualmente (Cf. Interview de S. Amin por Rémy Herrera, *50 ans après Bandung*, Recherches Internationales, 2004).

Otro mundo – mejor, por supuesto – es posible. Las condiciones objetivas existen para que esto pueda ser así. No hay determinismo histórico anterior a la historia. Las tendencias inherentes a la lógica del capital se chocan con la resistencia de fuerzas que no aceptan sus efectos. La historia real es, entonces, el producto de este conflicto entre la lógica de la expansión capitalista y las que derivan de la resistencia de fuerzas sociales víctimas de su expansión. El desarrollo de las luchas sociales puede llevar al poder a bloques hegemónicos diferentes de los que gobiernan el orden neoliberal mundializado actual, fundados en compromisos entre intereses sociales cuya diversidad y divergencia se reconoce (bloques de compromiso capital-trabajo en los centros capitalistas, bloques nacionales-populares-democráticos en las periferias). En este caso el Estado posee un amplio margen de maniobra en el marco de un sistema mundial fundado en el principio de la multipolaridad negociada. Hay que obrar para que esto sea así. La multipolaridad es, entonces, sinónimo de margen de

autonomía real para los Estados. Este margen será utilizado de una manera dada, definida por el contenido social del Estado en cuestión.

El momento actual está caracterizado por el desarrollo de un proyecto nor-americano de hegemonía a escala mundial. Este proyecto es el único en ocupar hoy en día toda la escena. No hay un contra-proyecto tendiente a limitar el espacio sometido al control de los EE.UU., como era el caso en la época del bipolarismo (1945-1990); más allá de sus ambigüedades de origen, el proyecto europeo ha entrado en una fase de oscurecimiento; los países del Sur (el grupo de los 77, los No Alineados) que habían tenido la ambición durante el período de Bandung (1955-1975) de oponer un frente común al imperialismo occidental, renunciaron a ello. China, que actúa aislada, apenas tiene la ambición de proteger su proyecto nacional (ambiguo, por cierto) y no se plantea como socio activo en la confección del mundo.

El imperialismo colectivo de la tríada es el producto de una evolución real del sistema productivo que edificó la solidaridad de los oligopolios nacionales de los centros del sistema, la cual se expresa en su cuidado de “administrar en conjunto”, y en su beneficio, al mundo. Pero si “la economía” (entendida como la expresión unilateral de las exigencias de los segmentos dominantes del capital) acerca a los países de la tríada, la política divide a sus naciones. El potencial alcanzado por el conflicto de sus culturas políticas, que llama efectivamente a poner término al atlantismo, se mantiene entonces hipotecado por las opciones de las izquierdas mayoritarias (en términos electorales los partidos socialistas europeos), agrupados en el social-liberalismo.

Rusia, China y la India son los tres adversarios estratégicos del proyecto de Washington. Los poderes en vigor en estos tres países cobran, probablemente, una conciencia creciente de ello. Pero parecen creer que pueden maniobrar sin chocar directamente con la administración de los EE.UU. Un acercamiento euro-asiático (Europa, Rusia, China y la India) que involucraría ciertamente al resto de Asia y de Africa, aislando a los EE.UU., es, por cierto, deseable. Hay algunos signos que van en ese sentido. Pero aún estamos lejos de ver, mediante su cristalización, poner un término a la elección atlantista de Europa.

Quedándonos en el Sur, en general, este no tiene más un proyecto propio como era el caso durante la era de Bandung (1955-1975). Sin duda, las clases dirigentes de los países que se dicen “emergentes” (China, Corea, el sudeste asiático, India, Brasil y algunos otros) persiguen objetivos que, aparentemente, definen ellos mismos y para los cuales sus Estados actúan. Estos objetivos se resumirían en la maximización del crecimiento en el seno del sistema de la mundialización. Estos países disponen – o creen disponer – de un poder de negociación que les permitiría extraer un beneficio mejor de esta estrategia “egoísta”, antes que de un vago

“frente común” construido con otros más débiles que ellos. Pero la ventaja que estos pueden obtener son particulares a los ámbitos singulares que les interesan y que no ponen en cuestión a la arquitectura general del sistema. Estos no constituyen, pues, una alternativa y no brindan a este vago proyecto (ilusorio) de construcción de un “capitalismo nacional” la consistencia que define a un verdadero proyecto societario. Los países más vulnerables del Sur (el “cuarto mundo”) no tienen siquiera un proyecto de naturaleza análoga, y el producto eventual de “substitución” (los fundamentalismos religiosos o etnicistas) no merece este calificativo. Es también el Norte el que toma la iniciativa de avanzar “para ellos” (deberíamos decir “contra ellos”) sus propios proyectos, como la asociación Unión Europea – ACP (y los “acuerdos de sociedad económica” llamados a tomar el relevo de los acuerdos de Cotonou con los países de Africa, el Caribe y el Pacífico), el diálogo “euro-mediterráneo”, o los proyectos americano-israelíes concernientes a Medio Oriente e incluso al “Gran Medio Oriente”.

Los desafíos a los cuales la construcción de un mundo multipolar auténtico está confrontada son más serios de lo que se imaginan numerosos movimientos “altermundialistas”. En lo inmediato, se trata de derrotar al proyecto militar de Washington. Es la condición inevitable para que se abran los márgenes de libertad necesarios sin los cuales todo progreso social y democrático, y todo avance en dirección de la construcción multipolar, será vulnerable al extremo.

A largo plazo, “otra mundialización” implica que se ponga en tela de juicio las opciones del capitalismo liberal y la gestión de los asuntos del planeta por el imperialismo colectivo de la tríada, en el marco del atlantismo extremo o de su versión “reequilibrada”. Remito aquí a los desarrollos que propuse en otra parte y que conciernen a la construcción del mundo multipolar deseado (S. Amin, *Pour un monde multipolaire*, 2005).

El mundo multipolar auténtico solo será realidad cuando se cumplan las cuatro condiciones que siguen:

- (i) Que Europa haya realmente avanzado en la vía de “otra Europa” social (y, por consiguiente, comprometida en la larga transición al socialismo mundial) y que ella haya iniciado su proceso de ruptura con respecto a su pasado y presente imperialista. Esto implica salir, evidentemente, del atlantismo y del neo-liberalismo extremo.
- (ii) Que en China la vía del “socialismo de mercado” haya primado sobre las fuertes tendencias a la dirección ilusoria de la construcción de un “capitalismo nacional” que sería imposible estabilizar porque excluye a las mayorías obreras y campesinas.
- (iii) Que los países del Sur (pueblos y Estados) hayan llegado a reconstruir un “frente común”, condición, a su turno, para que los márgenes de movimiento permitan a las clases

populares no solamente imponer “concesiones” a su favor sino ir más allá transformando la naturaleza de los poderes constituidos, substituyendo a los bloques “compradores” dominantes por bloques “nacionales, populares y democráticos”.

(iv) Que en el plan de la reorganización de los sistemas de derechos, nacionales e internacionales, se haya avanzado en la dirección de construcción que concilie el respeto de las soberanías nacionales (progresando de la soberanía de los Estados a la de los pueblos) y el de todos los derechos individuales y colectivos, políticos y sociales.

Traducción: Damián Pierbattisti (Argentina)